

Sermón pronunciado por
Monseñor Laise,
durante la misa de clausura del coloquio, el sábado 10 de noviembre de 2001

Queridos amigos del CIEL

Siempre es un gran placer para mí encontrarme entre vosotros con motivo de vuestras jornadas anuales.

Ahora soy obispo «emérito» y, por lo tanto, dispongo de mayor libertad para asistir a todos los actos que trabajan en defensa de la integridad de la fe.

Vuestro coloquio litúrgico de este año hace hincapié en la importancia y la necesidad de la fe: en efecto, lo que hoy está en peligro es precisamente la transmisión de esa fe que hemos recibido de los apóstoles. Según las propias palabras del papa Juan Pablo II, los cristianos son hoy una minoría. Permítanme citarles la declaración del cardenal Ratzinger en el Sínodo de Roma, el 11 de octubre de 2001: *«La crisis de la cultura actual, y en parte de la propia Iglesia, radica en la marginación de Dios. La crisis de nuestra cultura se basa en la ausencia de Dios, y hay que reconocer que la crisis de la Iglesia es también, en gran medida, consecuencia de una marginación generalizada del tema de Dios»*. El cardenal prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe nos dijo a nosotros, los obispos, que ser obispo significa tener el valor de la Verdad y estar dispuesto a sufrir por la Verdad.

Hace tiempo que habéis comprendido que la manifestación de la fe, la vida de la fe y el propio depósito de la fe se encuentran en la «Lex orandi», tal y como os ha recordado monseñor Wladimir en su sermón, con la magistral cita del papa Pío XI en su encíclica «Quas Primas». Vuestra asociación, el CIEL, y las comunidades eclesíásticas que la rodean están apegadas al rito romano tradicional: ahí tenéis un tesoro que la Iglesia os ha confiado; sabed descubrir cada vez más sus riquezas, sabed comprender mejor por qué la Iglesia, durante siglos, nos ha pedido que actuemos y recemos de este modo en las ceremonias sagradas. Detrás de cada rubrica, detrás de cada signo, de cada símbolo, descubriréis la propia teología y eclesiología de la Iglesia. La liturgia nació de la fe y, junto con la fe, de la Iglesia. Sed, pues, cada vez más respetuosos con lo que nos han transmitido hasta nuestros días nuestros padres en la fe, y Dios sabe cuán grande es esta fe: es la fe de la cristiandad que se extendió por todo el mundo, hasta mi querido país, Argentina. Pensad, queridos amigos, que la liturgia celebrada en Roma era la misma que la de la parroquia más pequeña de mi diócesis. ¡La fe también era la misma!

Tenéis la responsabilidad, por parte de la propia Iglesia, de transmitir la integridad de este tesoro a las generaciones futuras a costa de muchos sacrificios, a veces de grandes sufrimientos, de incomprensiones, incluso por parte de quienes deberían apoyaros. El cardenal Meisner, arzobispo de Colonia, en su discurso en el último Sínodo, dirigiéndose a los obispos, nos recordó que: *«La crisis de la fe en la Iglesia es consecuencia de una autosecularización de la que son corresponsables los organismos de la Iglesia, incluidos aquellos que ejercen el ministerio episcopal»*. Se trata de un «mea culpa» pronunciado en el Aula sinodal que nosotros, los obispos, debemos saber escuchar.

A través de la liturgia romana tradicional, sabréis difundir a vuestro alrededor la fe, la esperanza y la caridad. Sé cuánta conversiones y numerosas vocaciones suscita esta liturgia. Yo mismo, como obispo, he podido constatar tales frutos durante las ordenaciones celebradas según el rito tradicional. En efecto, expresa claramente lo que confiere; no cabe duda alguna ni es posible ninguna interpretación errónea. Este rito de la ordenación es, según la manera maternal de la Iglesia, un rito que exhorta, que explica, que confiere: me parece que es completo.

«Imitami quod tractatis, agnoscite quod agitis», y de todo corazón bendigo vuestra obra; manteneos firmes en la fe, y concluiré con las palabras del cardenal Ratzinger, dirigidas de nuevo a nosotros, los obispos: *«No olvidemos que una paz pagada con la pérdida de la Verdad sería una paz falsa, una paz vacía»*.